



Dacia Maraini
Amor robado



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

DACIA MARAINI

Amor robado

Traducción de
David Paradela López

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Marina se ha caído por las escaleras

El joven doctor Gianni Lenti está sentado en el taburete de urgencias con un vaso de poliestireno lleno de café en la mano. Pegados a los oídos lleva unos auriculares de los que fluye una música dulce, de tipo oriental, de la que a él más le gusta. Le recuerda a los cuadros de Gauguin, de quien recientemente ha visto una exposición. Mujeres de pies desnudos con flores en el pelo, caballos azules que llenan el horizonte, palmeras de grandes hojas colgantes que se adivinan perfumadas y suaves.

Hoy por fin puede respirar. Sólo un ictus en toda la mañana. Menos mal. Casi que me voy a comer un helado, se dice. Pero justo en ese momento ve abrirse la puerta. Frente a él, una muchacha de pómulos prominentes y largo cabello castaño avanza arrastrando el brazo, evidentemente roto.

–Se acabó lo que se daba –murmura yendo a su encuentro. ¿Pero qué diantre le habrá ocurrido? Ni que le hubiera pasado un camión por encima. Está cubierta de moratones y el brazo le cuelga del hombro rígido.

–Ha dicho que se ha caído por las escaleras –comenta mordazmente Ada, la enfermera–. ¿Te ocupas tú de ella?

–¿Qué escaleras?

–¡Y yo qué sé! No dice nada. De todos modos, nadie le ha preguntado por los detalles del batacazo. Una firma, los documentos y ya está.

El doctor Gianni Lenti la mira con atención. Cree haberla visto antes.

—¿Esta chica no vino ya una vez a urgencias con dos costillas rotas y signos de estrangulamiento?

Marina Savina —ése es el nombre que figura en la carpeta de ingreso— sacude la cabeza con aire terco, pero le falta valor para sostener la mirada del médico, que parece decirle: Sí, eres tú, te reconozco.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta sin dejar de observarla.

—Me he caído por las escaleras —responde ella con un hilo de voz obstinada, ausente, y la mirada baja.

—¡Ni que te hubieras tirado por la ventana! —insiste él—. ¿Quién te ha roto el brazo?

Ninguna respuesta.

El médico la envía con su compañera para que la radiografía. Mientras, prepara las férulas y las vendas para enyesarla. Marina Savina soporta el dolor con coraje. Aprieta los dientes y mira hacia otro lado cuando el médico le tira del brazo roto, cuando se lo envuelve con el yeso húmedo, cuando le palpa la nariz, de la que mana sangre, para ver si también la tiene rota.

—La nariz está bien —dice con voz amable pero, a la vez, molesta. A estas alturas ya ha visto a demasiadas mujeres que llegan a urgencias cubiertas de moratones diciendo que se han caído por las escaleras—. Tendríais que inventaros algo más original —comenta mientras la acompaña a la puerta.

Esa muchacha extremadamente delgada de ojos saltones le despierta ternura. Aunque su silencio resulta inquietante. ¿Silencio de complicidad, de miedo, de defensa, de derrota?

—¿Cómo vuelves a casa? —añade con voz preocupada.

Pero ella no responde. La ve alejarse a pie por la acera llena de gente, con el brazo al cuello, el bolso pobre, de piel de imitación, colgando de la mano sana. Se mueve con ligereza, algo rígida, como una niña tímida y orgullosa, piensa el médico mientras la ve perderse entre la multitud.

Aproximadamente un mes después, el doctor Gianni Lenti está sentado junto a la ventana quejándose del calor. El verano parecer haberse presentado de repente trayendo sudor y

bochorno. Como siempre, lleva los auriculares en los oídos y escucha la misma música de islas lejanas que le recuerda a los cuadros de Gauguin. Está tan cansado que casi no alcanza a oír sus notas predilectas. De madrugada ha habido dos accidentes de coche con piernas rotas, fracturas de pelvis, un ictus, dos infartos y dos casos de demencia senil.

—Hoy no se puede ni respirar —dice mirando la puerta de urgencias, que se abre y se cierra lentamente sobre sí misma con un lamentoso quejido. Justo cuando trata de concentrarse en la música hawaiana pensando en el frescor de una palmera azul de la que penden frutas amarillas húmedas de rocío, ve entrar a una muchacha que se abre paso renqueando y perdiendo sangre por la nariz.

¡Demonio!, se dice al reconocer a la mujer del brazo roto a la que atendió el mes pasado. El brazo ya no está enyesado y cuelga ligeramente agarrotado junto al flanco. La muchacha cojea de forma ostensible y tiene la cara cubierta de equimosis. De la nariz, que se tapona con un pañuelo azul, mana sangre en abundancia.

—¿Has vuelto a caerte por las escaleras? —le pregunta entre agresivo y burlón.

Una ligera sonrisa tensa los labios violáceos de la muchacha.

—Vaya, por fin te veo reír. Tu padre te pega, di la verdad —agrega tomándola del brazo para llevarla a la salita de curas. Ella, encerrada en un mutismo rabioso y humillado, no contesta—. Muy bien, no importa, si no quieres contestar, peor para ti... Déjame ver...

La muchacha se quita con ademán tímido la blusa rosada y deja al descubierto un hombro en el que se aprecian signos de latigazos y el cuello plagado de moratones. El médico observa con una mezcla de piedad y ternura la blusa descolorida de tanto lavarla, con sendas manchas bajo las axilas.

—¿Quién te pega así? Tienes que hablar. No puedes seguir diciendo que te has caído por las escaleras porque eso no hay quien se lo crea. ¿Por qué no hablas?

La muchacha alza hacia él una mirada tímida y furiosa. Como diciéndole que se calle, que no se meta, que eso no es asunto suyo.

El doctor Gianni Lenti se encoge de hombros resignado. Delicadamente, se la lleva del brazo a la ventana. No se atreve a decirle que se quite la camiseta. Debajo no lleva nada. Le aparta uno de los tirantes para observar una herida en el hombro. Luego, con paciencia, toma una gasa con las pinzas, la sumerge en un líquido de color óxido y la frota por encima de la lesión.

—Tienes otra aquí, debajo de la oreja. ¿Con qué te ha pegado? —le pregunta, sabiendo ya que no obtendrá respuesta—. Es un animal, un auténtico animal, y tú no tienes valor de denunciarlo. Pero esta vez lo haré yo por ti —dice indignado el doctor Gianni Lenti, que habría preferido escuchar su música de ondas melosas antes que enfrentarse a esa muchacha que parece ciega y sorda.

Observa su rostro menudo, limpio, inaccesible. Una arruga le parte la frente en dos, justo entre los ojos, desde la nariz hasta la raíz del pelo, como una cicatriz. Es el único signo del tormento que habita en ella. Por lo demás, su rostro es liso e impenetrable como el de una muñeca.

El médico la observa irritado, aunque admira el valor con que afronta el dolor de las curas. De su boca pequeña y cerrada no sale ni un quejido. Ha acabado de limpiarle las heridas. Saca tiritas de un cajón metálico y empieza a taparle las llagas.

—Por suerte no ha habido que darte puntos. Pero estás llena de morados. Toma, llévate esta crema. Póntela en casa esta noche.

La proximidad de ese cuerpo le provoca una extraña sensación de ternura. Voluntad de protegerla, piensa. Como si fuera una hija. Qué curioso que de ese cuerpecito martirizado no emanen olores de sudor y suciedad. Debe de ser pobre pero limpia, se dice el doctor Gianni Lenti al advertir en la nariz un ligero olor a jabón y ajedrea.

—¿Qué es esto? —dice apartándole un poco el pelo de la nuca. Otra herida que no había visto—. Aquí habrá que darte puntos... espera... te pondré anestésico, pero de todos modos te dolerá un poco, ¿aguantarás?

La muchacha gira la cabeza hacia el otro lado y aprieta los labios.

El médico trata de proceder con delicadeza, pero la terquedad de la muchacha lo pone nervioso. La aguja no quiere entrar en la piel y el médico suda y suda esforzándose por hacerle el menor daño posible. Ella ni respira. Él nota que los dedos le resbalan dentro de los guantes de látex. Le da la impresión de que la aguja ha cobrado vida y se le escurre como una culebrilla furibunda. En un momento dado se le escapa de los dedos, y se ve obligado a coger otra. Se quita los guantes con un gesto de impaciencia, se seca la frente con una gasa, pone las manos bajo el grifo, se pone un par de guantes nuevos y sigue cosiendo mientras ella permanece inmóvil, petrificada, sobre el taburete giratorio.

—Hemos terminado —dice por fin el médico mientras se seca con el brazo la frente bañada.

Se da cuenta de que ella le lanza una mirada irónica y desafiante. Está pálida y tensa, pero tiene los ojos relucientes.

—Puedes ponerte la blusa —le dice mientras se lava las manos y la cara bajo el grifo.

La muchacha se levanta, se pone la camiseta sin decir nada y se dirige a la puerta.

—¡No me des las gracias! —la reconviene él en voz alta, y ve cómo de lejos hace una ridícula reverencia, como las niñas delante de un cura.

Qué aspecto tan cómico, piensa el doctor Gianni Lenti. En cuanto la ve desaparecer corre a echar un vistazo a la ficha de ingresos: Marina Savina, diecisiete años. Casada. Es tan pequeña y frágil y está tan delgada que a simple vista parece no tener más de catorce.

Si está casada, el que le pega tiene que ser el marido, se dice y empieza a escribir el informe.

«...la tercera vez que acude a urgencias por laceraciones y contusiones. La antedicha Marina Savina sostiene haberse caído por las escaleras, pero creemos que sufre maltratos...»

En fin, ya veremos, se dice Gianni Lenti mientras se dirige a paso ligero a la cafetería de enfrente. Necesita algo que lo reanime. ¿Otro café? Esta mañana ya lleva tres. A lo mejor un coñac. O a lo mejor un bocadillo. Ahora que lo piensa, no ha comido nada desde la noche anterior. ¡A lo mejor lo que necesita es un bocadillo de longaniza!

Al día siguiente, una tímida asistente social se persona en casa de los Savina preguntando por la señora Marina. Un hombre joven vestido con camisa azul oscuro y corbata roja abre la puerta y la mira curioso.

—¿Qué desea? —le pregunta con amabilidad.

—Me llamo Angela Toro. Soy asistente social. Vengo por una denuncia.

—¿Una denuncia?

—La denuncia ha sido presentada por el servicio de urgencias, donde la señora ha sido atendida en varias ocasiones por contusiones. Es su mujer, ¿verdad?

—¿Contusiones? Por favor, no me diga que no lo sabe. Mi mujer sufre epilepsia y tiende a caerse por cualquier lado. Ha estado en tratamiento, pero verá, hace unos meses dejó de tomar la medicación y de vez en cuando sufre alguna crisis. Entre, por favor, ¿puedo ofrecerle un café?

La joven e inexperta asistente social mira alrededor sorprendida. No parece la casa de un monstruo, como se había imaginado. Está limpia y bien atendida. Es pequeña, pero tiene un saloncito con butacas de imitación de piel de color ocre. Al fondo se ve una pequeña cocina esquinera apenas oculta por una cortina. Más allá, a través de una puerta entornada, se entrevé el dormitorio. Y el dueño de la casa, el marido sospechoso, está frente a ella con aire servicial, con las manos bonitas y bronceadas abiertas sobre las rodillas y

una sonrisa cortés y hospitalaria estampada en el rostro joven y hermoso.

—La señora ha dicho que se había caído por las escaleras, pero aquí no veo escaleras.

—Es verdad, vivimos en la planta baja.

El joven echa atrás la cabeza y ríe como si acabara de oír el chiste más gracioso del mundo.

—¿Cómo se rompió el brazo su mujer?

—Yo preferiría que se quedase en casa y saliera sólo conmigo, pero Marina es inquieta, le gusta salir sola mientras yo estoy trabajando. Le gusta caminar por la ciudad. Luego le entran las crisis y se cae. A lo mejor se golpea contra un canto o contra un palo. Una vez estuvo a punto de acabar debajo de un coche. Cuando la trajeron a casa todavía no había recuperado el conocimiento. Se había caído en medio de la calle, en pleno paso de peatones, imagínese.

La joven asistente social, que había llegado con ánimo combativo y cargada de prejuicios, empieza a preguntarse si no se habrá equivocado: ese joven tan amable y atento, de rostro límpido y sincero, no puede ser el maltratador que sospechaba el doctor Gianni Lenti. Si es verdad que Marina Savina es epiléptica, podría ser que se hubiera caído y se hubiera hecho daño por la calle.

—Pero ¿por qué no avisó la señora de que sufría epilepsia? En todo momento dijo que se había caído por las escaleras —insiste Angela Toro, pero sin convicción, sólo por cumplir con su deber hasta el final.

Su mirada se siente atraída por la suave tez de ese joven que la mira con ojos sonrientes y casi afectuosos. Ve que sus manos largas y bronceadas se levantan como para protegerse de una duda que lo ofende y que su gesto se torna serio y adopta el aspecto de quien se siente sinceramente herido por una falsa sospecha.

—Marina es una mujer maravillosa, y yo la amo profundamente. Pero es terca como una mula. No quiere admitir que no es autónoma. No quiere que le impidan salir. Y yo no

se lo impido, aunque vivo con el corazón en un puño. Cada dos por tres vuelve a casa llena de tiritas o enyesada. Pero ¿qué debo hacer? ¿La ato al radiador? Me acuerdo de una compañera de clase, Pinuccia la Tentetiesa, la llamábamos así porque siempre se caía y se levantaba como un muñeco, en fin, el caso es que el padre, cuando tenía que alejarse de casa, la ataba al radiador. Para que no saliera, se entiende. Para que no se hiciera daño. Pero yo no quiero llegar a eso. Ni siquiera la encierro en casa. ¡Que salga! ¡Pero que tenga cuidado! ¿No le parece?

El joven apuesto resulta tan convincente que la tímida asistenta social Angela Toro casi se siente culpable por haber sospechado de él. Desde luego, la tal Marina tiene que ser una mujer bien terca. ¿Por qué sale, si luego se cae y se hace daño?

—De todos modos, tampoco hay que exagerar —continúa él en tono persuasivo—. En cuatro años que llevamos de casados, habrá ido a urgencias dos veces, tres como mucho.

—Tres veces, dice el doctor Gianni Lenti.

—Pues tres. No son muchas si uno piensa que cada día sale de casa y camina varios kilómetros. Va y vuelve, tampoco se cae todos los días.

—Sí, tiene razón. Se lo diré al doctor. Y se lo diré también a la policía, que es la que me envía aquí.

—¿No le apetece ese café? Por aquí hay bombones, deliciosos, ¿quiere probar uno? Vienen de Bruselas, ¿se ha fijado? Tienen forma de concha. A los belgas se les dan bien los bombones artísticos... por favor, pruebe uno.

La tímida Angela Toro se lleva a la boca un bombón y ve que los ojos del hombre sonríen agradecidos, casi cómplices. No puede por menos de sonreírle ella también y darle las gracias por tan cordial recibimiento.

—A todo esto, ¿dónde está su mujer en este momento? —pregunta la asistenta mientras se levanta para despedirse.

—¿Marina? Supongo que ha salido. Como ve, no la retengo. Habrá ido de compras. Le encanta ir de compras. Me

tiene casi desangrado con esa manía de comprarlo todo
—dice riendo.

La asistente Angela Toro percibe algo desafinado en su voz, como si recitara un guión. Pero ahuyenta ese pensamiento que ahora juzga irrelevante. ¡Un marido tan enamorado de su mujer!

El hombre parece tener un poco de prisa, aunque trata de disimularlo. La acompaña atento hasta la puerta y espera hasta que sube al Seiscientos azul que ha estacionado en la esquina de la calle. Se despide de ella con la mano antes de volver a entrar en casa y cerrar la puerta de una patada.

—¡Cotilla de los cojones! —sentencia al tiempo que abre la balconera que da a la terraza y tira del brazo de su mujer, agazapada en el suelo. Marina ya sabe lo que le espera y esconde la cabeza entre los hombros tratando de hacerse pequeña.

—¡Has ido a denunciarme, cabrona de mierda!

—¡No, ha sido el médico!

—Tenías que decir que eres epiléptica. Te lo he dicho mil veces. Pero tú, nada, ¡como si estuvieras sorda! ¿Por qué sales con lo de las escaleras, si no tenemos escaleras?

Marina aprieta los dientes y espera los golpes que suelen seguir a las palabras furiosas de su marido. Esta vez, sin embargo, él parece reconsiderarlo. Después de escupir a la calle, después de soltar un largo suspiro y pasarse la mano abierta por el pelo, se acerca a ella alargando los brazos y con una sonrisa afectuosa en los labios.

—¡Ven aquí, niña! Ya sabes que te quiero. Lo eres todo para mí. No volveré a pegarte, te lo juro. Pero la próxima vez te curaré yo. No dejaré que vuelvas a urgencias. Son todos una panda de chalados. De chalados y de cotillas. Será fácil: compraremos un frasco de desinfectante, algodón, gasas y... bueno, quizá también aguja e hilo. Sé cómo se hace... Ven aquí, niña, abrázame. Tú y yo somos una misma cosa, ¿lo sabes? Tú me quieres y yo te quiero. Nadie puede separarnos. Por eso me casé contigo, ¿no? No tenemos mu-

cho dinero, pero qué más da. Alcanza para ir tirando, ¿verdad? Abrázame, amor mío, eres la única persona del mundo que me ha demostrado afecto. Ya sabes que perdí a mi madre cuando tenía siete años. Mi padre la mató, aunque ya lo sabes, te lo he contado muchas veces. Frente a mis ojos, ese cabrón, ese asesino... Se pasó no sé cuántos años en prisión y luego, no sé, desapareció. Yo estoy solo, ¿lo entiendes?, solo en el mundo. Si tú te vas, ¿qué hago? Prométeme que siempre estarás conmigo, amor mío, ¡prométemelo!

Marina lo abraza contra su cuerpo con los ojos cerrados. Ella también está sola. Sus padres murieron en un accidente cuando era pequeña. Creció con una abuela estricta y severa que murió hace pocos años. No tiene hermanos, sólo un primo con el que no mantiene relación.

–Te quiero, Marina –dice él hundiendo la cabeza en su pecho. Y lo dice sinceramente, Marina lo sabe. Pero el amor no le impedirá molerla a palos cuando le venga en gana.

–Dime que me quieres, dímelo, Marina. Necesito oírlo. Te prometo que no volveré a hacerte daño. Nunca, nunca jamás. Te lo juro. Dime que te quedarás conmigo. ¡Dímelo!

–Te lo prometo –repite Marina, algo mecánicamente.

Él la besa con tanta dulzura que, una vez más, Marina siente como si el corazón se le derritiera. Ha prometido que no volverá a pegarme, lo ha prometido, se dice, y yo le creo, es la última vez que le creo, pero le creo.

Y se abandona a los besos de un marido joven, hermoso y tiernísimo.

La niña Venezia

Una niña llamada Venezia. Cuánto la habían deseado sus padres. Desde que se intercambiaran los anillos frente al alcalde, no habían hecho más que buscarla. Se habían sometido a mil pruebas y habían consultado con mil médicos. Resultaba que el esperma de él era débil, casi asfíctico. Tenía la suficiente energía para correr hacia el óvulo, pero, una vez alcanzada la meta, no conseguía entrar y moría desecado a las puertas de la vida.

Tras años de inútiles tentativas y gastos descabellados, el apuesto Ottavio y la generosa Letizia habían renunciado a tener hijos y llevaban una vida matrimonial monótona y carente de sorpresas. Él, empleado en una pequeña agencia matrimonial; ella, profesora de primaria en un colegio privado.

«Yo que arreglo matrimonios –decía él riendo cuando reparaba en la paradoja– no consigo ser padre. Yo que animo a la gente a casarse con el argumento de lo bonito que es formar una familia (si es numerosa, mejor) y aquí estoy, estéril y frío como un cocodrilo.»

Su mujer trataba de consolarlo diciéndole que, en el fondo, los hijos siempre son fuente de problemas y de gastos, y que a ellos el dinero no les sobraba precisamente. Pero él no se consolaba. En los últimos tiempos había desarrollado una gran habilidad para calcular los periodos fértiles de su mujer, y, en cuanto llegaban, se volcaba sobre su cuerpo con la esperanza de que antes o después sus intentos dieran fruto.

—Generalmente son las mujeres las que quieren ser madres a toda costa—le había dicho el último médico con el que habían consultado—. ¿Por qué le preocupa tanto?

Él no había sabido qué responder. Por la noche, ya en la cama, se había repetido la pregunta tendido sobre el cuerpo de su mujer, a oscuras, mientras empujaba su miembro dentro de ella con obstinada determinación. Ya no había amor en ese gesto reiterado de forma mecánica, se decía, quizá por eso no llegaba la bendición del hijo. Tal vez ahí estuviera el error, en la ausencia de un sentimiento auténtico. «Los hijos no nacen de la gimnasia, sino de la pasión.» Pero ¿por qué, a diferencia del afecto y la ternura, de la amistad, a diferencia de la sensualidad, la sexualidad es tan frágil e inestable? ¿Por qué la costumbre, que robustece el afecto, debilita tanto el eros? Él amaba a su mujer, pero debía admitir que los largos años de matrimonio habían echado a perder la sensualidad y que ahora lo único que lo excitaba era la idea de un hijo al que amar, educar, guiar, mimar. Era pobre de imaginación: no lograba concebir las cosas que habría podido hacer con un hijo. Sin embargo, sabía con absoluta certeza que un hijo era lo que más deseaba en el mundo.

Empujo como si fuera un salmón, pensaba, y se reía de sí mismo y de esa perversión reproductiva. Voy contra el placer, contra la alegría del amor, contra el desinterés del placer, sólo por la terca voluntad de que la especie se reproduzca. ¿Será posible?

En ocasiones, ese continuo resentimiento lo llevaba a la impotencia. Se desplomaba sudado sobre el cuerpo de su mujer, incapaz de pensamientos ni de palabras.

Letizia comprendía el tormento de su marido, y, por más que supiera que el mal estaba en el perezoso esperma de él, se sentía culpable. Había algo en ella que lo cansaba, que lo alejaba con el pensamiento, eso era evidente. Pero ¿qué? Difícil decirlo. Tal vez sólo la costumbre y el tedio. Por supuesto, el hecho de intentarlo una y otra vez no ayudaba a mejorar sus relaciones. Sin embargo, no encontraba valor para

decirle que lo dejara, de modo que esa especie de sexo mecánico y volitivo había acabado convirtiéndose en un amargo deber en el que el placer no entraba más que de soslayo, como un intruso, sin auténtica espontaneidad.

Para incitar al deseo y extraer el precioso esperma de su tímido miembro, Ottavio había aprendido a usar la imaginación. Entretenía la mente con los cuerpos de mujeres a las que nunca había conocido y que, a lo mejor, ni tan siquiera existían: algo a medio camino entre las fantasías de *Las mil y una noches* y las viñetas pornográficas de que los adolescentes se sirven para masturbarse. Cuerpos rotundos, untuosos, suaves y acogedores como le gustaban a él. Mujeres que bailaban con los pies descalzos sobre una alfombra extendida en el suelo, haciendo tintinear cientos de pequeños cascabels sujetos a los tobillos y las muñecas. Soñaba con embriagarse en un baño turco y elegir, entre el vapor azuloso de una sala revestida de formidables mosaicos, a una mujer desconocida, de pecho abundante y largo cuello de cisne, soñaba con reír con ella y con retozar por el suelo mojado cubierto de especias mientras las manos delicadas de otra mujer le acariciaban los pies.

Su esposa lo amaba, pero, en lugar de ablandarse, con el tiempo se secaba, volviéndose más delgada y escurridiza, y eso lo entristecía. «Soy un hombre fiel por naturaleza», se decía. Y era cierto. Jamás habría engañado a su mujer más allá de en los sueños y las fantasías eróticas. Por eso le hacía el amor con los ojos cerrados. Y Letizia presentía que él se ausentaba en el transcurso de esas cruzadas sexuales, cada vez más cercano con el cuerpo y más distante con la mente. Pero no se quejaba. Era de natural fatalista y pensaba que a las personas hay que aceptarlas como son. Tal vez por eso su matrimonio duraba, pese a la dolorosa ausencia de un hijo.

Alguna vez ella le había hablado de adoptar, pero él había protestado escandalizado:

—¡La sangre de otro, la carne de otro, los recuerdos atávicos, quizá, de otra cultura! ¡Ni hablar!

Y zanjaba el tema resentido.

Un buen día de junio, domingo por la mañana, Ottavio se levantó tarde y, mientras estaba en la cocina preparando café, se fijó melancólico en una pareja de carboneros que habían anidado sobre una triste magnolia del patio de casa; mientras observaba fascinado cómo la minúscula hembra, suspendida en el aire batiendo las alas, introducía una lombriz en el pico abierto del polluelo, y justo cuando se decía: «Mira cómo has acabado, ¡envidiando a un pajarito!», su mujer entró en la cocina con aires de misterio, se puso a su lado y le susurró al oído:

—Ottavio, estoy embarazada.

Ottavio dio un respingo. Empezó a temblar. Luego la cogió de las muñecas y le preguntó sin dar crédito:

—¿Estás segura, Letizia? ¿No me engañas?

—Estoy segura. No te lo he dicho antes para que no te hicieras ilusiones, pero han pasado dos meses y me he hecho varias pruebas de embarazo. Incluso he ido al médico. Ahora te lo puedo decir con certeza: ¡estoy embarazada, amor mío, estoy embarazada!

Ottavio la abrazó entusiasmado, pero «con delicadeza, cariño mío, de ahora en adelante debo tener cuidado, ¡no quisiera aplastarlo!». La besó en la frente, la nariz, las mejillas, el cuello. Innumerables besos de alegría y gratitud. Luego decidió proponer un brindis por el bebé que, por fin, llamaba a su puerta. Descorchó una botella y sirvió vino en un par de copas.

—Brindemos por este hijo tan deseado, Letizia, hoy es el día más feliz de mi vida. ¡Salud!

Después de brindar se puso a bailar solo por la casa.

—Tú no bailes, tesoro. Es peligroso. A partir de hoy, yo cuidaré de tu vientre. Nadie debe poner en peligro a mi niño.

—¡Pero si aún no saben si será niño o niña!

—Da igual. Yo estoy feliz, ¡feliz! Qué más da que sea niño o niña. ¿Cómo se las habrán arreglado mis pequeños y débiles espermatozoides para llegar a tu óvulo, Letizia? ¿Habrá

sido la medicación que tomaba últimamente? ¿Habrán sido los reconstituyentes? ¿O habrán sido los sabayones que me preparaba antes de hacer el amor contigo por consejo de mi amigo Giacomo? Sea como sea, una cosa es segura: pienso asistir al parto. Y no digas que no, está decidido.

En diciembre nació una niña preciosa, buena, silenciosa y con los ojos azules, como había soñado su padre. El parto fue rápido: nada más entrar Letizia en la sala de partos, la niña ya había nacido, casi sin dolor. La llamaron Venezia, porque, según Ottavio, había sido concebida una noche en Venecia, en una pequeña pensión queapestaba a fritanga.

Aún recordaba su sorpresa al abrir la persiana esa noche, tras un coito especialmente agotador, y encontrarse delante un gigantesco piróscrafo que cruzaba serenamente la laguna. Estaba iluminado y se movía despacio hacia el este. Se quedó en el balcón contemplando absorto a aquel gigante de acero que relumbraba en la noche silenciosa, y pensó que era una señal, una advertencia: algo iba a cambiar pronto en su vida.

Ahora sabía que el presagio había sido certero. Y por un momento se vio dentro de un cuadro de Bellini, hombre en vez de mujer –aunque eso era un detalle–, tocado por el rayo de una paloma que con la blancura de su plumaje le advertía que estaba a punto de tener un hijo engendrado gracias a un milagro divino. La paloma era el barco y el bebé era Venecia.

La niña no tardó en revelarse juiciosa y atenta a la voluntad de sus progenitores, sobre todo del padre, con quien enseguida estableció una relación de prioridad absoluta, de solidaridad y de entendimiento.

«Una niña precoz, guapísima, dócil y afectuosa», se jactaba orgulloso el padre ante sus compañeros de oficina.

Letizia se comportaba como una madre servicial y diligente, consciente de sus nuevos deberes, que no eran pocos. Por suerte la niña no lloraba casi nunca ni se despertaba por las noches como todos los recién nacidos del mundo. Sus

padres se la llevaban a la cama con ellos y, a veces, Letizia se despertaba y se encontraba a su marido inclinado sobre la hija mirándola con avidez y ternura.

Cuando la niña cumplió cuatro años, la madre empezó a preocuparse por su futuro. A la vista de su vivísima y precoz inteligencia, quería que fuera estudiosa, de modo que se pasaba las tardes contándole cuentos y enseñándole los rudimentos de la geografía y las matemáticas.

Ottavio estaba demasiado enamorado de las gracias de la niña como para plantearse su destino.

–Quiero que mi hija sea una reina –decía convencido.

–¿Reina de qué? –preguntaba Letizia, tomándolo a broma.

–Una reina y punto –insistía él, y dirigiéndose a la pequeña repetía–: Serás una reina, amor mío. Serás la más grande, la más querida, la más deseada, la más admirada, caminarás sin tocar el suelo, volando sobre las nubes, como una reina celeste.

¡No sabía hasta qué punto iba a ser profético!

Puesto que reina de un reino real era imposible, a Ottavio se le ocurrió convertir a Venezia en reina del mundo más fabuloso y popular que existía: el mundo de la belleza y la elegancia. ¿Acaso su hija no estaba creciendo alta, esbelta y con formas perfectas? La convertiría en la reina de la moda.

Por eso siempre le compraba vestidos de diva. Él mismo decoró la habitación de la niña: una bombonera rosa, con un enorme espejo rodeado de decenas de bombillas como las de los camerinos de las estrellas de cine. Un armario rosa, una cama cubierta con *chintz* rosa estampado con corazoncitos rojo fuego. Zapatitos de todas las formas, de raso, de piel, de colores llamativos: rojo coral, violeta glicina, amarillo huevo, verde esmeralda, azul medianoche.

Nada más cumplir seis años, Ottavio la hizo presentarse a un desfile de moda infantil, y enseguida la aceptaron: «¡Una niña tan bonita y vestida como una princesita no pasa inadvertida! –había comentado la organizadora–. Ade-

más, es tan femenina...», había añadido para regocijo del padre.

Todas las mañanas, Ottavio le peinaba el cabello, largo, rubio y con bucles naturales. «Aunque con el tiempo tiende a oscurecerse, pobres de nosotros, pero ¿qué más da? ¡Para eso están los tintes!», había sentenciado, y para remediarlo había comprado una serie de tintes que iban del «rubio castaño» al «rubio ceniza» y él mismo había aprendido a lavarle el pelo con champú y a aplicar el tinte. «Escúcheme bien, no quiero que le haga daño, tiene que ser tinte natural, da igual si es el más caro del mundo, pero que sea también el más inocuo y el más reluciente.»

Así es como Venezia, a los ocho años, ya podía presumir de tener unos rizos rubios tan brillantes y relucientes que todo el mundo se quedaba con la boca abierta. De los tirabuzones también se ocupaba Ottavio, que la noche anterior a los desfiles le envolvía los mechones con papel de aluminio, los enrollaba con un rulo y los aseguraba con una goma elástica. Por la mañana observaba radiante la cabecita de su hija, que, liberada del papel de aluminio, cobraba vida gracias a esos rizos maravillosos que habrían sido la envidia de una muñeca de porcelana.

La ropa, por supuesto, tenía que estar a la altura del pelo. Todas las semanas le regalaba un vestido nuevo; tenía que ser de buen corte y, a la vez, provocativo, de colores, «hecho para enamorar», como decía él. Por eso le compraba braguitas de rejilla, corpiños de *strass* y falditas cortas que saltaban alegres sobre las rodillas, siempre desnudas.

—La niña tiene que ir impecable —añadía mientras se preparaba para pintarle las uñas con esmalte rosa. Aparte estaban los brazaletes para las muñecas, a juego con el vestido, y los pendientes, dos minúsculas rositas de diamante. Y la boca, levemente rosada, y las pestañas postizas, larguísimas, pegadas con cola a los párpados, y algún que otro mechón suelto que debía caer, como al desgaire, sobre la frente de madreperla.

El toque final era la sonrisa para los fotógrafos: la cabeza debía inclinarse ligeramente hacia un lado. La expresión debía ser de sublime inocencia, pero las pestañas debían parpadear como si una leve turbación erótica cruzara sus mejillas purísimas.

La madre no estaba de acuerdo con ese teatro cotidiano. Habría preferido que su hija estudiara y se preparase para afrontar la vida sin tanto abalorio ni remilgo, pero Ottavio y la niña estaban aliados contra ella y le impedían meter baza en sus decisiones. Si se oponía a un desfile porque la niña tenía que estudiar, como había ocurrido en alguna ocasión, ambos, marido e hija, la acusaban de ser una tirana. Se aliaban en nombre de la libertad, y así lo proclamaban al unísono, con voz resentida. Y se reían de su «pesadez».

—¡Mamá, qué pesada! —decía él.

Y la niña repetía, con vocecilla melindrosa:

—¡Mamá, qué pesada!

—La estás convirtiendo en una pequeña modelo ignorante y presuntuosa —gritaba Letizia preocupada.

Él se encogía de hombros. Qué iba a saber ella de los placeres de la moda y de la ebriedad del éxito. Para el padre y la hija, los desfiles eran una fiesta. ¿Acaso quería negarles aquel supremo placer?

—Además, tu hija ya ha empezado a ganar dinero. ¿Te parece poco?

—No me parece bien que una niña empiece a ganar dinero a los ocho años, y menos explotando su belleza.

—Letizia, por favor te lo pido, no lo estropees todo. No entiendes que para ella los desfiles son como un sueño. Da lo mejor de sí. Está decidida a ser mejor que las demás, más guapa, más aplicada, más disciplinada. No te das cuenta de que nuestra Venezia es ya una pequeña diva. ¿Sabías que el otro día, al final del desfile, había dos, *dos*, periodistas esperando para entrevistarla?

Ottavio se dedicaba ahora a hacer de representante de su hija. Se le daba estupidamente distribuir fotografías de la

niña en posturas lánguidas y encontrar nuevos contratos para asistir a desfiles y a concursos de belleza infantil. Sabía arrancar buenas sumas.

Para poder dedicarse íntegramente a la «carrera de Venetia», se había prejubilado de la empresa Corazones Unidos y trabajaba en exclusiva para la niña. Tenía un archivo lleno de fotografías y las llevaba a todas partes como un trofeo.

Con el tiempo, el salón de casa se había convertido en un estudio; ahí llegaban los vestidos de la sastrería para probarlos, habían instalado un microsálón de peluquería con todo lo necesario para los rizos, tintes, planchas de todos los tamaños y formas, lacas con y sin brillo, lazos para el pelo, broches de imitación de hueso con brillantes engastados, polvos, rímel y sombras que iban del rosa al oro.

Los libros de Letizia habían sido retirados de las estanterías para dejar espacio a las numerosas Barbies viejas y nuevas. Mujercillas elegantes con largos cabellos de seda dorada, brazos desnudos, el pecho apenas insinuado, el cuello largo, los ojos de plástico azul abiertos con gesto de sorpresa y seducción, los labios turgentes y pintados de rojo, las orejas minúsculas de las que colgaban un reluciente par de pendientes, el vientre cubierto por unas braguitas invisibles, pequeños tanguitos que dejaban al descubierto unas nalgas infantiles, las piernas largas y siempre desnudas que la pequeña Venetia se tapaba con falditas de diversos colores.

A los nueve años, la niña de los Persiceto, a la que el padre había puesto el nombre artístico de Reina Viento, se movía por la pasarela como una modelo experimentada. Sabía perfectamente cómo debía caminar: una pierna delante de la otra, siempre en equilibrio sobre la resbaladiza madera de las tablas, nunca mirando al suelo y con una sonrisa misteriosa y seductora en los labios entreabiertos.

Había aprendido a maquillarse sola, a ponerse la crema hidratante y a aplicar encima los polvos brillantes que le

dejaban la cara dorada y como atravesada por un enigmático velo. Tenía treinta pintalabios de los colores más extravagantes: rosa fucsia, rojo carmín, rosa confeti, rojo crepúsculo. Le gustaba sentarse frente al espejo de cien bombillas que le había comprado su padre y, con los distintos pinceles, ver nacer a través del cristal a su doble adulto: una muchacha que sabía mezclar con destreza inocencia y perversión, belleza inaccesible y continuos guiños de ojos que Letizia tachaba de «indecentes».

Pero la niña no daba importancia a lo que dijera su madre porque la consideraba, como le había enseñado su padre, una pedante, «con buena fe, desde luego», pero pesada hasta el extremo e incapaz de entender a la juventud, una persona «vieja de corazón y de espíritu» a la que había que respetar como madre, pero no prestarle oídos.

Venezia estaba lúcidamente enamorada de sí misma y había abrazado con tal vehemencia los designios de su padre que con el tiempo había dejado de ver la diferencia entre la naturaleza y el artificio.

–Tienes que expresar la máxima tentación con la máxima indiferencia –le sugería Ottavio con ingenuo entusiasmo– ¡Una mujer a la que todos desean y a la que nadie tendrá! –concluía sin darse cuenta de que se comportaba poco menos que como un lenón.

Para prepararse, Reina Viento ya ni siquiera necesitaba la eficacia de su padre. Ottavio se quedaba sentado en un taburete junto a la ventana y supervisaba el ceremonial con que su hija se maquillaba y se vestía. Cuando algo no lo convenía, levantaba la mano y le daba instrucciones con aires de gran promotor.

La niña, en efecto, había empezado a llevar mucho dinero a la casa. Los desfiles no eran ya un pasatiempo, sino un trabajo a tiempo completo. El resultado era que Venezia empezaba a descuidar los estudios, el colegio y los juegos con las niñas de su edad. Al final se había convertido en lo que quería su padre: una reina de la moda, un pequeño ídolo de

los fotógrafos y los comerciantes de telas, que la consentían, se la disputaban y la cortejaban con descaro.

Ottavio, sin embargo, no la perdía de vista y no permitía que nadie se le acercase.

«Una pequeña profesional de la cabeza a los pies», decían de ella. Y era cierto. Nunca llegaba tarde a los compromisos, se sometía a tediosas sesiones de pruebas, se entregaba a las manos de peluqueros, estilistas y sastres con garbo y paciencia. Cumplía con precisión y disciplina con su deber de diva.

Con el dinero, la familia Persiceto había comprado una casita en una zona residencial de las afueras de la ciudad, con un pequeño jardín, garaje y buhardilla, como las casas de las películas americanas. De buen grado, Ottavio había reservado dos espaciosas habitaciones para su hija.

Pero Letizia no estaba contenta. Una noche incluso se había enfadado al ver por televisión uno de los desfiles de Venezia. Había esperado hasta tarde a padre e hija bebiendo grandes vasos de agua. En cuanto los vio entrar, explotó:

—La estás convirtiendo en un pequeño monstruo televisivo, Ottavio, no te das cuenta, pero has vaciado a la niña, le has quitado el gusto por jugar, por reír, por ser natural, parece un robot bajo las luces del escenario. ¿Qué hará cuando sea mayor?

Ottavio la miró con severidad.

—Empiezo a pensar que estás celosa —dijo fríamente. Y ella sintió un escalofrío.

Venezia, por el contrario, más diplomática, saltó a los brazos de su madre y le susurró palabras afectuosas al oído. Detestaba las discusiones. Quería una casa en paz y una familia feliz, aunque fuera una felicidad forzada e ilusoria. Ella no se sentía una niña cualquiera, sino la pequeña reina de un reino soñado, y sabía que tenía otros deberes más allá de su propia satisfacción.

Una hermosa y límpida mañana de junio, con el primer calor, Venezia salió al jardín a recoger «margaritas para po-

ner en el pelo», según le dijo a su madre. Su padre, que estaba afeitándose en el baño, le gritó:

–Date prisa, cariño, que a las diez tenemos que bajar a la ciudad a recoger las fotos.

–Sí, de acuerdo –respondió la niña. Y salió.

Ottavio estaba afeitándose mientras cantaba:

–*Sempre libera degg'io, folleggiar di gioia in gioia...*

Por el rabillo del ojo vio unos gorriones revoloteando en torno a un nido en una de las ramas del cerezo.

–Ahora yo también canto, también tengo un nido y llevo una lombriz en el pico para mi pequeña reina. Ya no me das envidia –se sorprendió a sí mismo murmurando mientras se pasaba la maquinilla.

Letizia había acabado de planchar la camisa de su marido y se preparaba para ir al colegio. Sobre la mesa de la cocina estaban los restos de un desayuno consumido a toda prisa: tres tazas con un fondo de café, leche y azúcar, un platito lleno de migas de pan tostado. En realidad la niña no comía pan para no engordar. La mermelada de albaricoque que Letizia había preparado para su hija estaba intacta en el tarro de cristal. En el lugar de Venezia había también dos pastillas, una rosa y la otra amarilla, que la niña tendría que haberse tomado antes de salir: una para los desórdenes intestinales y la otra para el dolor de cabeza.

Al salir para coger el coche, Letizia buscó a su hija para decirle adiós, pero no la encontró.

–¡Venezia! –gritó. Al no obtener respuesta, se dirigió a su marido–. ¿Venezia está contigo?

–No, está en el jardín. Acaba de salir.

–La verja está cerrada y Venezia no está. Mira en su cuarto.

Con una mejilla todavía cubierta de espuma blanca, Ottavio corrió al cuarto de la niña, pero estaba vacío. Entretanto, había oído que su mujer había abierto la verja y había puesto el coche en marcha.

–Espera, Letizia, ¿adónde vas?

Corrió al jardín bajando los escalones de cuatro en cuatro.

El jardín de la casa de los Persiceto era pequeño y de forma triangular. En él había tres cerezos, un durazno, dos higueras y un parterre donde se alternaban las margaritas y los manojos de lechugas. Había también una zona abandonada donde las zarzas crecían sin control. Ahí se amontonaban los útiles de jardinería y de ahí partían las tuberías del gas y el agua, cerradas tras una tapa de hierro.

Ottavio tiró por los aires las herramientas y rebuscó entre las matas de rosas silvestres, como si la niña fuera un perrito revoltoso al que se le hubiera antojado asustar a su padre.

—¡Venezia! —gritaba—. ¿Dónde estás? Vamos, no hagas el tonto! Sal. Tenemos que irnos dentro de nada. ¡Venezia! ¡Venezia!

En su voz se percibían un espanto y un desespero cada vez mayores. Letizia lo observaba conteniendo la respiración. En el aire flotaba algo que anunciaba la tragedia, lo presentía. Un pensamiento gélido se le había clavado en la cabeza como si fuera un clavo: no volvería a ver a su hija. Descartó aquel pensamiento con un gesto brusco y una mueca de asco. Soy una pesada, se dijo, como dice Ottavio, una aprensiva y una aburrída.

Cuando fueron a comisaría, Ottavio tenía aún media cara cubierta de espuma y llevaba un pantalón corto deshilachado y unas chanclas de plástico azul.

Letizia había telefonado al colegio para avisar de que no iría, y habían salido corriendo a la policía.

A partir de ahí empezaron los dolores, la desesperación, las esperas infinitas. La policía hablaba de chantaje.

—La habrán secuestrado para pedirles dinero. Saben que últimamente han tenido muchos ingresos.

¿Y él cómo lo sabe?, se preguntaba Ottavio mientras se limpiaba la mejilla desesperado.

—La verja estaba cerrada, ¿cómo han podido entrar? —murmuraba Letizia pensativa.

-¿La niña tenía llaves?

-No.

-No, pero podría haberlas cogido, estaban colgadas en la entrada.

-¿Ustedes creen que ha tenido tiempo de coger las llaves, salir y volver a cerrar?

-Sí, podría haberle dado tiempo, pero ¿dónde puede ir así, sola, sin dinero, sin carnet de identidad, sin nada... dónde? Además, las llaves estaban en su sitio, y si hubiera entrado para dejarlas, la habríamos visto.

La búsqueda se extendió por todas partes: a la estación, a las paradas de autobús, a los aeropuertos. Nadie parecía haber visto a ninguna niña de nueve años vestida de rosa, con el pelo rubio rizado y una sonrisa angelical caminando sola con un ramillete de margaritas en la mano.

Ottavio parecía haber perdido el juicio, tenía la barba larga y los ojos desorbitados. No dejaba de buscarla ni de día ni de noche. No dormía. Cerraba los ojos durante una hora en el coche y seguía conduciendo tras beberse tres cafés hirviendo.

Letizia había tenido que volver al colegio, pero siempre que podía acompañaba a su marido, por más que él mostrara cierta hostilidad hacia ella, como si la culpaba de la desaparición de la niña.

En comisaría estaban hartos de ese padre que los atosigaba con continuas peticiones. Le habían dicho que se calmase, que se quedara en casa, que probablemente los secuestradores darían señales de vida. Pero Ottavio no escuchaba. Según él, su hija había sido raptada con otros fines y a saber dónde podía estar escondida. Por eso quería que la policía entrara en las casas de los vecinos, que registrara los garajes de aquel barrio de periferia que llevaba el pomposo nombre de Buena Vida para encontrar a su niña.

Lo preocupante era que no había pistas: nadie la había visto, la verja estaba cerrada en el momento de la desaparición.

ción y la llave en su sitio. La niña se había volatilizado. Había desaparecido en la nada. Y eso hacía que su padre se volviera loco de ira y de rabia. Como un Orlando furioso, «que por amores fue loco impaciente / un hombre por tan sabio reputado», recorría el barrio maldiciendo, preguntando, insultando, cada día más abatido y descuidado, cada día más insomne y barbudo. El pelo grasiento se le derramaba sobre los hombros flacos y castigados; los dedos, con las uñas largas y negras, se detenían febriles sobre los timbres de las casas para preguntar a sus estupefactos habitantes si habían visto a una niña preciosa con el pelo rubio que más que caminar volaba, que más que hablar expulsaba por la boca un delicioso viento de oro.

Habían transcurrido cinco años desde la desaparición de la niña, y los Persiceto habían tenido que vender la casa para trasladarse a un pequeño apartamento que antiguamente había sido una portería. Ottavio había dejado de recorrer las calles, pero pasaba el tiempo encerrado en aquellas dos habitaciones mal iluminadas, exiliado de sí mismo y del mundo. Apenas hablaba y vivía inmerso en el recuerdo de su hija, en honor a la cual había alzado un pequeño altar con sus fotografías, su ropa, sus joyas, y frente al cual siempre había flores frescas.

Nadie hablaba ya de la desaparición, a pesar de que en aquellos días lejanos la noticia había llenado todos los periódicos. Letizia seguía trabajando en el colegio y mantenía a su marido, incapaz de ocuparse en un trabajo cualquiera. Con el pelo blanco, los hombros cada vez más encorvados y caídos, los ojos hundidos y oscuros, pasaba los días escribiendo en un cuaderno que escondía bajo la almohada.

Un día, su mujer encontró el cuaderno mientras hacía la cama y le echó un vistazo. Eran cartas que Ottavio le escribía a su hija. Cartas delirantes, aunque teñidas de un sentimiento de amor paternal. La desesperación de aquellas líneas la conmovió. «Un día leerás estas cartas», ponía, y

parecía sincero. Al oír que volvía, Letizia dejó el cuaderno en su sitio y regresó a sus tareas.

Ottavio murió dos años después.

«De la pena», decía su mujer secándose las lágrimas con los dedos estropeados de tanto trabajar.

Tras perder la plaza de profesora de primaria, Letizia había empezado a lavar ropa por encargo. También iba a planchar a las casas de los vecinos, limpiaba la escalera, ponía inyecciones, en fin, un poco de todo.

Tras la muerte de su marido tiró a la basura todo cuanto estuviera relacionado con su hija. Las fotografías de Venezia con la sonrisa seductora, los rizos de un rubio irreal y aquellas prendas ajustadas y vulgarmente eróticas le provocaban urticaria. Se demoró largo rato ante los retratos de su hija tratando de descifrar el lenguaje de aquellas mejillas brillantes y rosadas, aquellos párpados cargados de colorete, aquellos ojos dolorosos con largas pestañas postizas. «¿Dónde estás, mi niña? ¿Por qué no dices nada? ¡Daría lo que fuera por verte!»

Después de tanto tiempo, todo el mundo la daba por muerta, aunque en realidad nunca hubiera aparecido su cuerpo.

De vez en cuando, Letizia cerraba los ojos e imaginaba que llamaban a la puerta. Iba a abrir y se la encontraba delante: su única hija, la desaparecida. Había crecido, estaba distinta, tal vez menos guapa y atractiva que a los nueve años, pero viva y sonriente. Le costaba imaginársela. Cuando pensaba en su cara, se le aparecía la de la niña de los desfiles: impenetrable, misteriosa, con los párpados cubiertos de polvo dorado, las mejillas de madreperla, la boca como un capullo de rosa, de un color chillón y alusivo. «Seguro que si hubieras estudiado como yo te decía, todavía estarías aquí conmigo.»

Se deshizo de todo, incluido el espejo grande de las bombillas que tanto le gustaba a Venezia.

Al día siguiente se apuntó a un curso de psicología para personas de la tercera edad. Quería comprender el porqué

de todo lo ocurrido y en qué momento se había equivocado al ceder frente a la terquedad de su marido y su hija.

Cinco años todavía. Letizia también empezaba a palidecer, pero no dejó de estudiar y acabó encontrando una nueva plaza de profesora. Aunque el sueldo era la mitad que tiempo atrás, estaba contenta de volver a trabajar con niños, a los que les hablaba acaloradamente de la desaparición de Venezia. Trataba de convencerlos de que lo más importante en la vida es aprender, desarrollar la inteligencia, ser autónomo y fuerte tanto de mentalidad como de palabra. Tenían que aprender que la belleza es una trampa apetitosa, sobre todo para las chicas. Pero aunque hablaba con convicción y entusiasmo, pocas la escuchaban. Ellas también creían que era una «pesada», atraídas como se sentían por el sueño de un vestido ajustado y seductor, una boca de color rojo coral «pronta a los besos», la idea de un cuerpo infantil que interpreta el eterno espectáculo de la seducción erótica, tal como sugerían las imágenes difundidas sin descanso por la publicidad y la moda.

El año que Letizia debía jubilarse, unos operarios que estaban excavando en el jardín de los vecinos de la casa en que Venezia había desaparecido encontraron un día el esqueleto de una niña. Letizia tuvo que ir a reconocer los huesos. «Sí, es mi hija», dijo observando horrorizada el pequeño esqueleto sucio de tierra, que todavía tenía jirones de ropa rosa con corazoncitos dorados pegados a las caderas. Pensó que era una suerte que Ottavio hubiese fallecido, porque jamás habría podido soportar esa imagen. Pero ¿cómo había muerto? ¿Quién la había matado? ¿Qué había ocurrido? Habían pasado demasiados años para dar una respuesta segura, y, por lo demás, la policía nunca había investigado a fondo. El propietario del jardín vecino se había marchado a Brasil y nadie conocía su paradero. Entre otras cosas, el nombre con el que éste había comprado la casa había resultado ser falso.

Al escarbar en su pasado se descubrió que tenía antecedentes por estupro a una menor. Pero ¿cómo pudo raptarla,

en el espacio de tan pocos minutos, sin que nadie se diese cuenta?

Durante aquella investigación tardía se descubrió la existencia de un túnel con escaleras que llevaba de un jardín al otro. Se accedía a él a través de una trampilla en la que ponía: «Gas». Letizia se acordaba perfectamente de aquella tapa redonda, pero como creía que daba paso a los conductos del gas, nunca la había levantado. Señal de que el vecino había meditado largamente el secuestro y lo llevado a cabo con conocimiento de causa, tras urdir un ingenioso plan. El hombre, decían, había atrapado a la niña al acercarse ésta a la trampilla y se la había llevado por el túnel subterráneo a la casa de al lado, donde la había tenido a su merced varios meses, tal vez un año entero, sin que nadie se diera cuenta. Después, a saber si por cansancio o por miedo, el hombre había matado a la niña, había vendido la finca y se había marchado a Brasil.

A solas en su oscuro semisótano, Letizia no hacía más que pensar en la pequeña Venezia. El que hubiera acabado prisionera de un sádico era una noticia difícil de soportar. Nosotros estábamos ahí, habríamos podido liberarla, se decía. ¿Cómo no se les había ocurrido excavar en el jardín? Tenía razón Ottavio al pretender que la policía se introdujera en las casas para registrar hasta el último rincón. El hecho de que hubiese desaparecido en cuestión de pocos minutos tendría que haber dado que pensar, pero nadie le había dado verdadera importancia. Como si fuera normal que una niña, en el espacio de diez minutos, se esfumara sin dejar rastro.

Todo el mundo volvía a hablar de la pequeña Venezia, la reina de la moda infantil desaparecida a los nueve años y cuyo padre había muerto por la pena de no poder encontrarla. Una niña desaparecida en la nada y hallada bajo tierra en el jardín de la casa de al lado.

Algunos le recriminaban a la policía que no hubiera investigado a fondo. Otros echaban la responsabilidad sobre las espaldas de los padres por haber querido convertirla en

una diva precoz, alejándola del colegio y exponiéndola a la imaginación pública como una muñeca de carne, provocativa y seductora, cosa que al final había suscitado la voracidad de aquel maldito pedófilo.

Tras mucho insistir, una periodista logró que Letizia aceptara entrevistarse con ella. Lo que no sabía era que, escondidos, dos fotógrafos sacaban instantáneas en las que aparecía gorda, mal vestida y gesticulando con las manos estropeadas por los detergentes.

A la semana siguiente, se vio en un periódico de sucesos junto a las fotografías de los huesos de su hija, desplegadas sin piedad al lado de unas imágenes de Ottavio de cuando trabajaba en Corazones Unidos y se ponía unas americanas azul celeste que le caían impecables, y de Venezia desfilando por una pasarela, bellísima, embriagadora, etérea, embrujada.

A la mañana siguiente fue a verla un carpintero para preguntarle si podía ayudarlo a diseñar la casa donde había desaparecido la niña. Le habían encargado una réplica de su finca del barrio de la Buena Vida y quería que lo ayudase a colocar en el sitio exacto ventanas, muebles y el cuarto decorado enteramente de rosa de la hija asesinada.

—¿Para qué? —le preguntó ella turbada.

—Para un programa de televisión muy popular. Explicarán la historia de su hija.

Letizia se quedó mirándolo incrédula y al instante siguiente lo echó de casa gritando que su hija estaba muerta y que no había ninguna razón para seguir haciendo especulaciones.

Título de la edición original: *L'amore rubato*
Traducción del italiano: David Paradela

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: marzo 2013

© Dacia Maraini, 2012
© de la traducción: David Paradela, 2013
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2013
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2013

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación:
Depósito legal: B. 32370-2012
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15472-78-0
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5453-2
N.º 34157

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)